

A las comunidades de Vida Contemplativa de Orihuela-Alicante

Queridas Hermanas:

Me alegrará que el sábado, 21 de enero, cuando llame a la puerta de la Ciudad de Orihuela, pidiendo alojamiento, se abra también simbólicamente la puerta reglar de vuestro Monasterio. ¿Por qué y para qué? Porque quiero entrar igualmente en ese preciso momento en el interior de vuestras vidas, agradeciendo con vosotras al Señor la respuesta que le habéis dado y que actualizáis cada día. Y para contar desde el principio con vuestra colaboración y ayuda, inestimables.

El Obispo que llegará esa tarde a vuestra diócesis, que ya es mía también, por lo tanto a nuestra diócesis, tiene nombre y apellidos, cualidades y dones con que el Señor distingue a cada uno de sus hijos, pero viene también con miserias y limitaciones. Las tenemos todos. Por sí mismo poco podrá hacer, a pesar de la buena voluntad y el afán de servir y trabajar con esfuerzo e interés.

Ahora bien, ayudado de los sacerdotes de su Presbiterio, seminaristas y seglares, sabe que cuenta con la gracia del Espíritu Santo y que hace las veces del mismo Cristo, Maestro, Pastor y Pontífice y que actúa en lugar suyo (cf. LG 3,21).

No olvida tampoco que viene a regir la Iglesia particular que le ha sido encomendada «con sus consejos, con sus exhortaciones, con sus ejemplos, pero también con su autoridad y sacra potestad, de la que usa únicamente para edificar a su grey en la verdad y en la santidad, teniendo en cuenta que el mayor ha de hacerse como el menor, y el que ocupa el primer puesto, como el servidor» (ib. 3,27).

Pues bien, Hermanas, ahí es donde os veo yo. Realizando tareas nada vistosas ni llamativas y escasamente valoradas por muchos, en la convivencia social. Pero siendo el corazón mismo de la Iglesia. En él se oxigena y purifica la sangre que corre por cada organismo y desde él es bombeada de nuevo para seguir regando todas sus partes. En la Iglesia de Jesucristo la acción está subordinada a la contemplación (cf. SC 2), y poco, muy poco haríamos los viñadores en la arada de Dios sin la aportación valiosísima de quienes, por haber hecho una consagración total de sí mismos a Dios, amado sobre todas las cosas, estáis ordenadas al servicio de Dios y a su gloria por un título especial (cf. LG 6,44).

Dicha consagración, íntima, profunda, duradera, hace que, tanto con la oración como con el ministerio o servicio activo, el reino de Cristo se asiente y consolide y se dilate por todo el mundo (ib. ib.)

No formáis parte, normalmente, de Consejos parroquia-les o diocesanos, organismos necesarios, después del Concilio, pero estáis en la entraña misma de la vida cristiana de nuestra comunidad. Allí os encontramos.

La experiencia de estos años como Presidente del Instituto Pontificio CLAUNE, que ayuda a muchas comunidades necesitadas de España y de todo el mundo, así como la predilección que he tenido siempre por vuestro género de vida, me mueven a enviaros hoy esta carta, de presentación y de saludo. Os digo también, en ella, que nos moveremos juntos en todos los momentos.

Gracias por ser y por estar. Y gracias por vuestra generosidad.

Con mi bendición, mi saludo cordial, en unión de oraciones,

+ Rafael Palmero Ramos